

“*In memoriam* de Miguel Espinosa”

Rubén Castillo

Diario *La Verdad*, domingo 2 de diciembre de 1990

Su nombre le suena a cuatro enterados que han tenido la feliz curiosidad de leer la mejor novela que se ha escrito este siglo en Murcia. El bagaje, desde luego, no es demasiado atrayente, porque Miguel Espinosa no protagonizó ningún escándalo sonado, ni resultó ser un genio de las finanzas, ni se mató en una lancha acuática a toda velocidad. Con terquedad de todo sabio, con ceguera espectacular, se limitó a enfrascarse en la elaboración de sus libros, tratando de destilar con inteligencia cuanto su mente era capaz de expresar en el papel, que era mucho.

Se imaginó, triste cronopio de la cultura, que escribir bien era suficiente razón para que la memoria colectiva lo recordase. Creyó, con ingenuidad que le honra, que la fama literaria y la admiración cultural surgen como resultado de la reflexión y del análisis de la obra del artista, y se aprestó a ella con deleite y sacrificio inigualables.

De este modo, pertinaz y solitario, con su léxico prodigioso y su envidiable capacidad narrativa, con una mente orquestada sinfónicamente en torno a un mundo realísimo (la Feliz Gobernación), fue edificando la arquitectura genial de esta novela, *Escuela de mandarines*, que hombres representativos de nuestra cultura como Francisco Javier Díez de Revenga, Victorino Polo o Gonzalo Sobejano han alabado hasta el desgañitamiento.

Pero no hay nada que hacer. Si estuviera vivo, aparecería algunas veces en Telemurcia, en los diminutos espacios culturales que tienen la gentileza de insertarnos entre un informe sobre los vinos de Jumilla y un reportaje sobre la artesanía del esparto en Abarán. Y la gente se iría familiarizando con su cara, creerían reconocerle en la puerta de El Corte Inglés, asegurarían a su esposa haberle visto un instante subiendo a un autobús o consultando un fichero en la biblioteca municipal. Estaría, en fin, entre la gente.

Algún día, soltaría un taco estando en el aire, o afirmararía que Vicente Medina era un potencial violador de menores, y surgirían las voces escandalizadas, y los denuestos

y, por ley de acción y reacción, los alabadores, los defensores a ultranza de la libertad del artista.

Todos sabrían de él.

Pero Miguel era especial hasta en esto, y tuvo el mal gusto y la poca visión de morirse, sin percatarse de que pronto funcionaría un circuito regional de televisión y quizá a alguien se le hubiera ocurrido llamarle para una entrevista junto a Miguel Tendillo y a Miguel Delibes (hubiera quedado muy gracioso esto del trío de Migueles).

Tal vez ni siquiera de este modo la gente se hubiera animado a comprarse o leer su novela (que podrían sacar de la biblioteca de la Facultad de Derecho, signatura 20.479), y se mantendrían los gestos raros en los rostros de quienes son preguntados. “Miguel Espinosa? No, no tengo ni idea”.

¿Te das cuenta, Miguel? Escribiste (admíteme este tuteo de devoción que te profeso) la mejor novela murciana de los últimos cien años, y nadie te hizo caso. Pero los años han ido pasando, y el reconocimiento del pueblo se va produciendo, con lentitud, pero inexorablemente.

Ya debe haber un centenar de murcianos que se han acercado a tu novela con auténtico interés. ¿Te das cuenta cómo el tiempo no pasa en balde, y la Providencia es sabia?

Yo, que ya te había leído, te estoy releendo con larga paciencia, me acerco a tu novela como a los pétalos de una flor delicadísima, para pulsarlos con suavidad. A ver si así, aparte de gozar con tu obra increíble, consigo mejorar las estadísticas”.